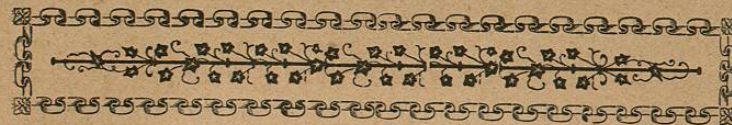


damente, la historia sobre este punto es sumamente lacónica. Unicamente sabemos que la primera acción de la señora de Chantal en el momento de nacer sus hijos era tomarlos en sus brazos, levantarlos hacia el cielo para consagrarlos á Dios y ponerlos bajo la protección de la Santísima Virgen. Sabemos también que á pesar de ser joven, de salud delicada y encargada del cuidado de una gran casa, quiso criar á sus hijos con su leche. Aquí terminan nuestras noticias, y por tanto, será menester esperar algunos años para conocer á la señora de Chantal como madre. La veremos entonces presidir por sí misma á la educación de sus hijos, formarlos en su adolescencia y juventud, depositando en sus corazones esos principios de sólida virtud que no olvidará nunca su hijo, aun entre la vida disipada de la corte y del ejército, y que harán de sus hijas tan amables y firmes cristianas en el mundo.



CAPÍTULO III

La señora de Chantal en medio de los placeres y honores del mundo. Triunfo de Enrique IV y su entrada en Dijón. Primeros milagros de Santa Juana Francisca Fremiot. Muerte del Barón, su esposo.

—
1595—1601

No se crea que la señora de Chantal vivía en una profunda soledad en el castillo de Bourbilly únicamente ocupada en el cuidado de sus hijos, criados y domésticos. La vida que en aquella época se pasaba en los castillos era, al menos durante una parte del año, muy variada y animada. Los señores no tenían aún la costumbre de dejar sus dominios para vivir en ciudades. Retirados en sus castillos, cuya soledad les molestaba muchas veces, salían de ellos sin cesar: en el verano para ir á la guerra, lo que era aún el mayor placer de la nobleza, que podemos calificar de resto de la caballería moribunda, y en el invierno para entregarse á la diversión del juego ó de la caza, ó sola y sencillamente para buscar el trato agradable de amigos y conocidos, pues la sociedad más culta y fina, al fin del siglo XVI, principiaba á buscar y gozar de los encantos de la buena conversación.

En este concepto, el castillo de Bourbilly estaba colocado en una situación admirable. Era una hermosa posesión reedificada hacía muy poco tiempo por el anciano

Barón de Chantal, y adornada interiormente á sus expensas con todo el lujo y gusto de su época. Visto por fuera el castillo, al que rodeaba una fuerte muralla gótica flanqueada de torres en sus cuatro ángulos, formaba un cuadrado en cuyo centro había un patio; un puente levadizo cerraba su entrada, á la que se llegaba por una calle de añosos árboles. Desviado de su curso, un pequeño río próximo, el *Serain*, bajaba al valle, le atravesaba, esparcía la frescura en los prados, y después de haber llenado los fosos del castillo, detenido de repente por una fuerte barrera, se precipitaba en una especie de garganta estrecha, convirtiase en torrente formando algunas cascadas, y, corriendo hacia la llanura, movía las ruedas de una porción de molinos. Alrededor del castillo había prados celebrados por su fertilidad, colinas cubiertas de viñas de pintoresco aspecto, y á lo lejos se divisaban grandes bosques llenos de caza.

La vecindad de una docena de castillos diseminados por los bosques, pertenecientes á señores de opinión realista, parientes ó amigos de las dos familias de Fremiot y de Chantal, aumentaba los atractivos de esta hermosa posesión. En Vicde-Chassenay, primero, en la parroquia misma de Bourbilly, vivía el Sr. Bourgeois de Crépy, Presidente del Parlamento de Borgoña, que había abrazado con ardor el partido del Sr. Fremiot, y que ya hacía años vivía con él en la mayor intimidad. Sus dos hijas, Margarita, casada con el hijo del primer Presidente Bruslard, y Rosa, que fué después Abadesa de Puyd'Orbe, eran muy piadosas y amigas de niñez de nuestra Santa. Un poco más lejos, en Epoisses, vivía Luis de Ancienville de Bourdillon, bizarro militar que tomó mucha parte en las guerras de la Liga, y á quien Enrique IV recompensó erigiendo en marquesado su tierra d'Epoisses. En sus manos juró la señora de Chantal fidelidad, é hizo pleito homenaje á la muerte de su

marido. La mujer del Marqués d'Epoisses, Claudia de Sauix, era hija del Mariscal de Tavannes y hermana del ilustre Guillermo de Tavannes, que, con el señor de Fremiot, había levantado en Borgoña el estandarte de Enrique IV. Los monumentos contemporáneos la llaman «el *Fenix* de su siglo y el *modelo* de esposas fieles.» Merecía, en efecto, por la bondad de sus irreprehensibles costumbres y gran virtud, ser una de las amigas más íntimas y queridas de nuestra Santa.

El mismo Guillermo de Tavannes vivía á poca distancia; su castillo de Corcelle-les-Semur no distaba más que dos leguas de Bourbilly, adonde iba continuamente, haciendo las delicias de sus habitantes. Joven aún, casado hacía poco con la hija única del ilustre Chabot-Charny, el Conde de Tavannes, Lugarteniente general, que había salvado á la Borgoña de los horrores de la San Barthélemy, y ya célebre por su valor como soldado y por su destreza como General, lo era también por su talento cultivado. Manejaba la pluma tan bien como la espada. Durante el invierno escribía sus hazañas de primavera y de verano. Sus *Memorias*, que componía entonces, y de las cuales algunas páginas debió escribir después de algunos ratos de conversación con la Baronesa de Chantal, tienen el sello de la lealtad y de la modestia, y hacen amar más al hombre que admirar al General. Al contar aquellas batallas, tan rápidas como victoriosas, aquellos asedios tan felices, aquellas estratagemas tan hábiles, se olvida sin cesar á sí mismo. «Alabado sea Dios», es su sola y constante palabra. Abandonado después por Enrique IV, por quien lo había sacrificado todo, no se permite una queja. *Parte de mis servicios* — dice — *no han sido agradecidos; pero no se debe acusar á S. M., sobre quien pesaban tantos negocios.* En toda ocasión es igual á sí mismo; siempre sencillo, modesto, desinteresado y pronto á derramar hasta la última gota de su sangre para procurar la paz; y

cuando esta paz está firmada, se tiene por feliz de que no se le haga caso y de que no se tenga necesidad de él, prefiriendo la felicidad de la patria, que deja ociosa su espada, á las guerras civiles, que la harían útil y aun necesaria. Este era Guillermo de Tavannes, digno de ser el encanto de una sociedad de la que Santa Juana Francisca era el alma. Su joven esposa, que reunía á su mucha piedad un gran talento, no era menos digna de ser amiga de nuestra Santa. Este era en Bourbilly el círculo íntimo y acostumbrado; pero se aumentaba sin cesar por las delicadas atenciones de la señora de Chantal, que deseosa de complacer á su esposo, y sabiendo que le agradaba la sociedad, en la cual brillaba mucho, tenía gusto en multiplicar convites. En estos casos se veía llegar al castillo á Imberto de Marcilly, señor de Cypierre, Gobernador de Semur; á Francisco de la Madeleine, Marqués de Ragny, con su ardiente é intrépida esposa; á Joaquín Dindeville, que vivía en el castillo de Grignon, ocupado entonces por las tropas del Conde de Tavannes; á Jacobo de Chaugy, cuya sobrina transmitirá á la posteridad los anales del origen de la Visitación; á D'Anlezy, señor de Chazelles, que con un imprudente arcabuzazo pondrá fin ¡ay! á todas estas reuniones; y otros muchos señores, cuyos castillos ruinosos son aun hoy día el encanto y adorno de aquella hermosa comarca.

Todo el tiempo que el Sr. de Chantal no estaba en el ejército había casi todos los días nuevas diversiones en el castillo. Por la mañana, grandes cacerías en los bosques de Bourbilly; á la noche todos se reunían delante de las grandes chimeneas del castillo, en una grande y antigua sala adornada con cielos rasos pintados, que hoy se borran, y escudos heráldicos, entre los cuales se distinguen todavía los blasones de los Rabutín.

¿Qué era la señora de Chantal y cómo aparecía en

medio de estas reuniones? Bussy-Rabutín nos lo dice en una hoja que se le atribuye, y que es tanto más preciosa, cuanto que la Baronesa de Chantal está retratada allí en sus relaciones con el mundo, en una época en que su virtud no había derramado su último resplandor, y en que la mujer no había aún desaparecido bajo la aureola de la Santa.

«La Baronesa de Chantal era hermosa y tenía mucho atractivo. Era de estatura más que mediana, pelo negro, rostro ovalado, ojos grandes, negros y vivos, cutis fino, terso y muy blanco; tenía labios encarnados y una sonrisa encantadora; fisonomía majestuosa, moderada, con un aire marcado de dulzura; la mirada muy agradable y llena de fuego é inteligencia. A todos estos encantos exteriores unía las más felices cualidades de alma y corazón. Juntaba todas las virtudes que forman una cristiana piadosa con los atractivos que hacen amable á una mujer. Su alma era generosa y fuerte, su modestia y dulzura incomparables; su espíritu cultivado y alegre, su imaginación viva y fina su conversación. Las menores bagatelas eran interesantes en su boca; se chanceaba algunas veces, pero pronto volvía á su natural, algo grave (1).»

(1) Manuscrito perteneciente al monasterio de Annecy, en 4.º menor. Acabamos de encontrar en el monasterio de Maçon un hermoso retrato de Santa Juana Francisca, vestida de religiosa, pero de un aspecto muy joven, en el cual se observan todos los rasgos característicos de la descripción de Bussy. La tradición de las más antiguas religiosas era que la señora de Chantal estaba en este retrato vestida de señora seglar, y que le pintarían después el hábito religioso que lleva hoy. Pero bien estudiado el cuadro y la pintura con el mayor cuidado por el Sr. Surigni, no es posible—dice—creer verdadera esta tradición, y lo que parece más probable es que este retrato se hizo antiguamente por un retrato original en que la Señora de Chantal, joven aún, estaba vestida de señora, y el pintor, después de copiar exactamente el rostro, la ha puesto el hábito religioso, el corazón y el Crucifijo, emblemas ordinarios de nuestra Santa. ¿Dónde está ahora el retrato original de que se sacó éste? ¿Quién podría decirlo? Mientras le encontramos, pues no estamos desesperanzados de lograrlo, este retrato de Maçon tiene mu-

En todos estos rasgos debe notarse ese espíritu cultivado y alegre, esa conversación viva y fina, esas bagatelas interesantes en su boca, esa seriedad en las chanzas, y, en fin, la reunión de las virtudes que forman una cristiana piadosa, y esos mil atractivos que hacen amable á una mujer. La madre de Chaugy, que se ocupa muy poco de este punto de vista, muy secundario á sus ojos, pero muy importante á los nuestros, habla lo mismo exactamente que Bussy-Rabutin. Nos pinta á la señora de Chantal como el encanto de todas las sociedades por la viveza y gracia de su carácter, así como santificando las fiestas religiosas con su fervor y su fe. Si se preparaba una diversión, se ocupaba en ello con su ordinaria vehemencia, pero sin manifestar su deseo, y procuraba que no se pensase en verificarla en domingo. Si se debía muy temprano ir á cazar en día de fiesta, media hora antes de emprender la marcha estaba en la capilla un sacerdote pronto para decir la Misa; imposible era á los cazadores dejar de oirla. Si en domingo se reunía mucha gente en el castillo, la señora de Chantal manifestaba su deseo de ir á la parroquia á oír la Misa mayor; se hacían algunas objeciones y el señor de Chantal, por atención y política con los convidados, la representaba «que se cumplía lo mismo el precepto oyéndola en el castillo que en la parroquia, y que ésta estaba lejos; mas nuestra Santa respondía «que la nobleza debe dar el ejemplo al pueblo, y que, por otra parte, tenía mucho gusto en orar con todo el pueblo.» ¿Cómo resistir á razones semejantes? Toda la gente se levantaba y seguía á nuestra amable Santa á la parroquia (1).

cho valor. Nos hace conocer á la señora de Chantal á la edad de veintisiete ó veintiocho años, y sirve de contraprueba á la descripción de Bussy.

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 17. Declaración de la Madre Favre de Charmette, *sup.* art. XII.

Esta mezcla feliz de amenidad y piedad y, como nos acaba de decir Bussy-Rabutin, esta unión de los atractivos que hacen á una mujer amable con las virtudes que la hacen Santa, eran tan marcados en la señora de Chantal, que los caballeros y señoras de la vecindad la habían caracterizado, como hemos dicho ya, con el sobrenombre de la Perfecta Señora.

Estas eran las escenas de invierno y otoño; la primavera y verano eran muy diferentes. El Barón de Chantal reunía y armaba su gente, iba á juntarse con el Conde de Tavannes, el Marqués de Ragny y el señor de Cypierre, y á las órdenes del Mariscal de Aumont, primero, y después á las del Mariscal de Biron, ponían sitio á Chalons, Autun ó Beaune. En todo este tiempo la señora de Chantal no salía del castillo. No toleraba juegos, cazas, ni diversiones. Cercenaba aun en el adorno de sus vestidos, á pesar de su sencillez, y si se le decía algo sobre esto, respondía: «¡Ay de mí! no me habléis de este asunto; los ojos á quien yo debo agradar están cien leguas de aquí; inútilmente me adornaría.» Si venían algunas visitas de cortesía las recibía con la política más fina, pero con tanta modestia y reserva, sobre todo, si eran jóvenes señores, que era fácil comprender que no era tiempo oportuno de pensar en diversiones. «Juzgaba con mucha prudencia—dice un excelente y antiguo historiador—que hay tiempo y ocasiones en que una mujer debe ser menos atenta para ser más modesta (1).

Dió un día un buen ejemplo de esto, que es preciso oír de la boca de una de las hijas más virtuosas de la Santa. «Había un caballero joven, muy amigo del Barón de Chantal, pero á quien el diablo tenía cautivo con una gran pasión por nuestra Santa, aunque la singular modestia de la joven Baronesa le tenía tan sujeto, que

(1) *Vida de la venerable Madre de Chantal*, por el Sr. de Maupas, pág. 22.

no se atrevía á declarar su pasión infame sino por medio de sutilezas. Cuando el Sr. de Chantal estaba en su casa, no salía de ella este joven caballero, con pretexto de la caza. Una de las veces que el Sr. Barón había ido de viaje, este infeliz enamorado quiso tentar fortuna, y fué á visitar á nuestra Santa, que le recibió como á un amigo de su esposo. Acercándose la noche, y viendo la Santa que empezaba una conversación lisonjera, empleó una santa astucia, y sin manifestar conocía la pasión que dominaba á aquel joven, le dijo que sentía mucho no estuviese el Sr. de Chantal en casa para entretenerle y divertirle, porque ella, como mujer ausente de su esposo, no podía pensar en diversión ninguna; que además tenía precisión de ir á casa de una de las señoritas de la vecindad; que dejaba á sus criados en la casa para que le sirviesen y asistiesen; y con esto montó á caballo para pasar la noche en otra parte. El pobre caballero quedó tan confuso y aturdido con esta brillante virtud, que jamás volvió á tratar de acercarse á esta virtuosa señora en la ausencia de su esposo (1).» Este volvió poco después, y habiendo sabido esta noticia, amó aún mucho más á su tierna y virtuosa esposa.

Mientras que la señora de Chantal daba estos bellos ejemplos de virtud en el interior de su castillo, grandes acontecimientos cambiaban la faz de la Francia (2).

(1) *Memorias*, pág. 22.

(2) Los detalles que vamos á dar sobre la entrada de Enrique IV en Borgoña, y que abreviamos con sentimiento, están sacados de documentos contemporáneos é inéditos. Los dos principales son las *Memorias del Consejero Breunot sobre la Liga* y el *Diario de lo que pasó en la reducción de la ciudad de Dijón á la obediencia del rey Enrique IV*. Estos dos preciosos manuscritos pertenecen á la Biblioteca de Dijón. En cuanto al papel especial del Presidente Fremiot y del Barón de Chantal en medio de estos acontecimientos, la misma Santa Juana Francisca los explicó muchas veces por sí misma, y su relato ha sido fielmente conservado por las primeras Madres de la Visitación. Bástanos indicar las *Memorias de la Madre de Chaugy* y las no publicadas aún de la Madre Paula Jerónima Favrot. (*Archivos de Annecy*.)

Enrique IV había dado un golpe mortal á la Liga, declarándose abiertamente católico. Sus victorias rápidas y brillantes, sus palabras oportunas y á veces sublimes antes, durante y después de las batallas; sus cualidades encantadoras, sus desgracias, sus aventuras, sus mismos defectos, todo contribuía para acelerar su marcha triunfante. En Borgoña empezó el entusiasmo en los primeros meses del año 1594, y bien pronto se hizo irresistible. Cada día las ciudades, las aldeas se unían á Enrique IV. Los paisanos gritaban por los caminos: « ¡Viva el Rey! pues que ya es católico. » Los castillos enarbolaban la bandera blanca; las sillas vacantes se multiplicaban en el Parlamento de Dijón. En vano los partidarios de la Liga, reducidos á sus últimas trincheras, recurrían á las amenazas y violencias; nada podía detener la irresistible simpatía que inspiraba Enrique IV. En fin, el 22 de Mayo de 1595, el mismo Parlamento se rindió (1), y la ciudad abrió sus puertas al

(1) Nada hay más curioso que los procesos verbales de la última sesión del Parlamento. Se ve en ella el verdadero carácter de la Liga, como la comprendían los hombres grandes de la época. Había nacido para impedir subiese al trono un protestante; debía cesar y no tenía razón de existir, puesto que este protestante era ya católico. Esto es lo que claramente explicó el primer Presidente Bruslard. Representó que, profesando el Rey antes la religión reformada, el Parlamento había dado una sentencia justa y santa prohibiendo reconocerle, por ser lo que era; pero que habiéndole Dios tocado en el corazón y llamándole al seno de la Iglesia, donde perseveraba, y habiéndole reconocido como soberano todas las ciudades capitales, no había medio de negarle la obediencia. Concluyó diciendo que los magistrados debían considerar quiénes eran; que eran consejeros del Rey, y no del Duque de Mayenne; que era, pues, preciso reconocer al Rey, y que si no, suplicaba al Tribunal le dispensase de entrar en él. Estas preciosas palabras, que se hacían oír en medio de magistrados que estaban indecisos aún, fueron primero seguidas de largo silencio; todos cubiertos, continuaban callando. En el fondo, todas las conciencias estaban acordes; sólo el amor propio de cada uno estaba indeciso para rendirse. El Presidente de Montholon apoyó enérgicamente la proposición del Sr. Bruslard. El Rey había sido recibido por la Iglesia, y en ella perseveraba; la causa por la cual se le rehusaba el trono, «había desaparecido; era menester reconocerle como Rey, y poner su nombre y sello á la cabeza de todos

Mariscal de Birón que tomó posesión en nombre del Rey, haciendo su entrada en ella el 25, alojándose en casa del Presidente Fremiot, que apresuradamente se había dispuesto para recibirle.

Con estas noticias, que llenaban de gozo á cuantos en Borgoña eran del partido del Rey, el Barón de Chantal se arrancó al cariño de su santa esposa, y vino desde Bourbilly á Semur, para reunirse con su suegro el Presidente Fremiot. Los dos salieron al momento para Dijón: el Presidente, con objeto de presentar al mariscal de Birón los homenajes del Parlamento de Semur, y el Barón para poner su espada á las órdenes y servicio de Enrique IV. La señora de Chantal, que había acompañado á su esposo hasta Semur, volvió sola á Bourbilly con el corazón lleno de alegría, pero inquieto, temiendo los acontecimientos que se preparaban, pues todos creían que una gran batalla era inevitable para concluir el triunfo de Enrique IV. Este fué el motivo de encerrarse en una soledad más profunda, rogando á Dios por la Francia, y pidiéndole dirigiese los acontecimientos en que, aunque vagamente, presentía que su esposo y su padre habían de tomar mucha parte. Enrique IV no se hizo esperar. Nueve días después de la rendición de Dijón al mariscal de Birón, entraba él mismo en esta ciudad en medio de un inmenso gentío (4 de Junio de 1595). Llevaba este día «un justillo de fustán blanco, que estaba agujereado por los dos codos (1),» pero su rostro estaba radiante de alegría. Saludaba al pueblo y á las señoras; se gritaba ¡Viva el Rey!, se agitaban blancos pañuelos y, en fin, el entusiasmo llegaba á su colmo (2).

los expedientes. Presentar así la cuestión, era resolverla.» (*Memorias inéditas del consejero Breunot.*)

(1) *Memorias manuscritas del señor de la Marc.* Afirma haber oído á su madre contar muchas veces esta particularidad.

(2) El entusiasmo, no obstante, no impidió se tomasen las precau-

Por lo demás, Enrique IV no hizo más que atravesar la ciudad. El ejército español estaba á muy pocas leguas, y aun se decía que había pasado el Saone para socorrer al castillo de Dijón, donde se habían encerrado los restos de la Liga. El Rey quería asegurarse de ello; y así, después de haber pasado la noche en casa del Presidente Fremiot para honrar al mariscal de Birón, que estaba alojado en ella, partió al amanecer acompañado de unos pocos caballeros, entre los cuales estaba el Barón de Chantal. Todos estos señores no llevaban más que su gola y lanza, sin casco ni escarcela, lo mismo que el Rey, el cual llevaba armas doradas, porque todos creían ir á un simple reconocimiento, y ninguno, ni aun el mismo Enrique IV, imaginaban era un combate el que les esperaba.

Ni aun reunidas estaban las tropas del Rey; éste había escrito al Marqués de Mirabeau, al Conde de Grancey y al Barón de Lux que viniesen á esperarle al camino. Contaba con encontrar á los demás señores en las llanuras de Béze y de Saint-Seine, adonde los había citado; y después de los tres ó cuatro días necesarios para reunir su ejército, marchar á las riberas del Saone, y dar allí al enemigo una batalla general y decisiva.

ciones más minuciosas para asegurarse de que Enrique IV se había convertido sinceramente. Se tenía alguna desconfianza, y fué menester que por dos veces, en la puerta de la ciudad y en la de la Iglesia, hiciese Enrique IV el juramento público de la fe católica. «En fin—dice el consejero Breunot, que cuenta la entrada del Rey en Dijón—después de la alta nobleza, de infinitos caballos y grande aparato, sobre diez á once de la mañana entró el Rey en Dijón por la puerta [de San Pedro, y recibido en la misma por el clero, le llevaron á la santa capilla, donde oyó devotamente la Misa, adoró la Cruz, besó la paz, dijo en voz alta el *Confiteor*, protestando antes vivir y morir en la religión católica, apostólica y romana, por dos veces diferentes, una á la puerta de la iglesia y otra á la puerta de la ciudad; y esto—añade maliciosamente el consejero Breunot—en manos del señor canónigo Desbarres, adicto antes fuertemente á la Liga.» (*) Así es como los partidarios de la Liga, vencidos, cubrían su retirada.

(*) *Memorias inéditas del consejero Breunot*, pág. 120.